

PALABRA

REVISTA LITERARIA

AÑO I — No. 1

EL EJEMPLAR \$ 10



SUMARIO

- ALFREDO D. GRAVINA: RAZONES — CUENTO
- J. C. PORTANTIERO: Nota.
- POEMA, de Juan Gelman, Carlos A. Brocato, y otros.

PALABRA

CONSEJO DE REDACCION

Patricio Alter
Norberto León
Jorge Méndez
Ramón Peter
Ricardo Dessau

COLABORADORES INMEDIATOS

Mario Malk
Carlos Amok
Alejandro Campbell

Este número cuenta con la colaboración especial del conocido escritor uruguayo Alfredo D. Gravina.

DIAGRAMACION

Guillermo De la Torre



Portada:
ALFREDO N. DE VINCENZO

Profesor Nacional de dibujo y grabado. Primer Premio adquisición en el primer salón nacional de Arte moderno. Gran Premio de Honor en el Salón de Mar del Plata. Participante en varias exposiciones internacionales. (IV Bienal de Arte Moderno de San Pablo - 1ª. bienal Interamericana de México - Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro 1960 y San Pablo, 1961).

El grabado presente pertenece a la serie "La Lucha", compuesta por seis trabajos.

EDITORIAL

Aparece con este número una nueva revista literaria.

En una sociedad como la nuestra, dividida en clases, donde la cultura es instrumento de intereses antagónicos, nosotros la afirmamos por sobre todas las cosas, patrimonio de un pueblo. Es el pueblo el que crea la cultura, le da su matiz propio y característico. Nos damos como función entregarla

en manos de sus anónimos creadores.

No tememos ni las críticas malintencionadas ni la aplastante maquinaria del estado.

Cuando gente joven como nosotros sale a la calle, necesita de la crítica honesta y el apoyo activo de los que deseen forjar una auténtica cultura nacional. Usted puede juzgar. Es decir, usted tiene PALABRA.

LEY DE DEFENSA DE LA DEMOCRACIA

Nadie la quiere, ni el Pueblo

Lo que es decir bastante

Decimos que tenemos que salir a la calle y no permitir que pase, porque significa atar el poema, hundir ya por completo las pocas revistas literarias que quedan. Porque la Ley "Mordaza" que defiende la Ignorada Democracia quiere volver al tiempo de Venecia donde se depositaba en la "Boca de los Leones" la denuncia anónima y el denunciado era ultimado misteriosamente en el "Puente de los Suspiros".

Cada vez son más difíciles las formas de publicar un libro, ya no son tan sólo las tra-

bas económicas, ahora, se abatirá sobre nosotros el peso de una ley, nada original por cierto, ya que tiene remotos antecedentes.

Como la delación está legalizada, usted puede ser, al gusto de su vecino, cripto, filo, meso, comunista, o simplemente rosado.

Nadie la quiere, los oligarcas asustados se niegan a defenderla en el Congreso. Los intelectuales pelearán contra esa ley.

El Pueblo no la quiere.

Lo que es decir bastante.

LA REDACCION

RAZONES (CUENTO)

ALFREDO DANTE GRAVINA

Me vine de afuera porque ya no aguantaba más, ¿comprenden? Uno dice mil veces en la vida que no aguanta más, y sin embargo sigue aguantando. Pero llega un día que no aguanta más de veras. Y no es sólo porque esté desesperado, y medio rabioso, y ya no sepa qué hacer. No. Es porque también le queda la esperanza de algo, allá en el fondo. No vayan a creer que es una esperanza muy grande, no señor, porque cuando al cristiano le cortan las alas, es como el pájaro: no puede volar. Es apenas la esperanza de no ver morir de hambre a los hijos y a la mujer, porque Dios no nos dió boca sólo para hablar, nos dió boca para comer. Un mudo vive sin hablar, pero no vive sin comer, ¿no es así?

Como ven, muy pocas pretensiones, las menos que uno puede tener, y eso que vengo oyendo decir hace tiempo que nosotros los pobres somos gentes que nunca estamos contentos y siempre queremos más de lo que nos dan... ¡Está bueno! Lo que pasa, hablando en plata (aunque yo ni mentar debiera esa palabra, que hasta asco me da), lo que pasa, digo, es que los pobres como nosotros no tenemos nada,

ni para matarles el hambre a los gurises. Y es natural que el que no tiene nada, pero lo que se dice nada, siempre esté necesitado y queriendo algo, ¿qué va a hacer? Los que tienen, siempre quieren más, los que tienen mucho quieren mucho más, así son, ¡pero guay si el que no tiene nada aspira a tener un poquitito. No les gusta, se asustan o se hacen los asustados, y nadie puede hacerles entender que tenemos hambre. Si la cosa sigue así va a llegar un día en que "hambre" sea una mala palabra, van a ver.

Pero el hambre es el hambre, por más vueltas que le den. Es una cosa que se siente primero en el estómago, después en todo el cuerpo, y que hace mucho mal a la cabeza. Y cuando usted pasa hambre toda la vida, si no muere antes de tiempo, deja estropeada la raza. Ahí tienen, si no; mirente el cuerpiño a la Erclilla. Doce años cumplidos y parece que tuviera ocho o nueve. Se "quedó" la pobre gurisa. ¡Y cómo no se iba a quedar la pobrecita si casi no ha visto leche, casi no ha visto carne, si hemos vivido a fideo y mate amargo. A ver, si fuera hija de ustedes, ¿estarían contentos de verla así, raquítica? Estarían contentos de

verla hambrienta? ¿Les gustaría una hija enana?

Y no les digo nada el Raulito. ¿Han visto guri más flaco? ¿No dan lástima esas piernitas que parecen de tero? Mírenle la carita. Mírenle los ojos. Antes pedía de comer, cargoseaba todo el día: "tengo hambre, quiero comer". Ahora no; ahora sólo pide con los ojos, calladito, y es peor todavía que si hablara. ¡Una judiaría! ¡Maldita sea!... Y miren a los otros. Son esos dos que están jugando ahí, junto a ese zanjón de agua podrida, con esos negritos. ¿Qué? ¿Los voy a sacar de ahí? ¡Si no tienen otro lugar donde retozar un poco! ¡Que jueguen al menos! Si pudiéramos ponerles niñera para que los llevara a algún parque y los mantuviera bien limpios, se la poníamos, cómo no; por esta luz que me alumbra. Pero ustedes están viendo que no podemos.

A mi mujer, ahí la tienen. Parece un poco cacunda, pero si les digo que era una linda mujercita cuando nos casamos, no les mienta. ¿Cuántos años le dan? Parece que tuviera arriba de cuarenta, ¿no?, pero no alcanza todavía a los treinta. Ella también se vino abajo. Pero lo que quería

(Continúa en la página siguiente)

GOTAN

JUAN GELMAN

*Esa mujer se parecía a la palabra nunca,
desde la nuca le subía un encanto particular,
una especie de olvido donde guardar los ojos,
esa mujer se me instalaba en el costado izquierdo.*

*Atención, atención, yo gritaba atención,
pero ella invadía como el amor, como la noche,
las últimas señales que hace para el otoño
se acostaron tranquilas bajo el oleaje de sus manos.*

*Dentro de mí estallaron ruidos secos,
caían a pedazos la furia, la tristeza,
la señora llovía dulcemente
sobre mis huesos parados en la soledad.*

*Cuando se fué, yo tiritaba como un condenado,
con un cuchillo brusco me maté,
voy a pasar toda la muerte tendido con su nombre,
él moverá mi boca por la última vez.*

RAZONES

(Viene de la pág. 3)

decirles es que ella, entre lavar, remendar los trapitos, preparar la comida, cuando hay, y fregar algunos pisos, cuando consigue, se pasa el santo día. No tiene tiempo ni ánimo para andar atrás de los gurises. Y después, que cuando ella sale a buscar o hacerse una changuita, y yo también salgo a lo mismo, ¿con quién se van a quedar los gurises? Tienen que quedarse solos...

Bueno, ya hablé bastante de la familia, discúlpennme. Como les iba diciendo, no aguanté más en el pueblito porque el trabajo mermaba un mes sí y otro también, y le dije a mi mujer: "Bueno, se acabó, esta vez sí que se acabó. Nos vamos. Justino (Justino es un hermano mío) se fué a Montevideo hace tres años, y vive. Y nosotros aquí no vivimos. Hay que "tocar".

Y "tocamos". Nos vinimos no más. ¡Para qué les voy a contar! Yo he sido tropero, alambrador, pocero, albañil, de todo un poco. Mañana para el trabajo no me falta. Allí donde me pongan, sin desmerecer a nadie, me desempeñé como Dios manda. Si no sé, aprendo, porque no soy ningún negado y la necesidad tiene cara de hereje. Quejas, ningún patrón tuvo de mí... Ninguno, miento, ahora que me acuerdo: hubo uno que sí. Fué durante la zafra del girasol, en Soriano, hace como cinco años. Estaban pagando menos que en otros lados en el lugar donde yo trabajaba, y a mí me dió por comentar la cosa y, claro, la gente medio se alborotó. Entonces el patrón, que es un vasco millonario, Auscarriga, me echó diciendo que yo era comunista. ¡Por las cenizas de mi madre que yo no sabía qué era

eso! Me dejó ardiendo. Me puse a averiguar qué era eso de comunista, pero nadie sabía bien, y me quedé en la luna, porque lo más llegaron a decirme es que los comunistas no quieren a la patria, ni a la familia, y que andan buscando poner todo patas para arriba. Y yo me dije: "Ese vasco está chiflado, o es muy sinvergüenza, porque yo, como patriota y buen padre de familia no me le quedo atrás a nadie, y a más soy hombre tranquilo que nunca tuvo una entrada en la comisaría".

Bueno, la cosa fué que nos vinimos. Justino me ayudó todo lo que pudo, el pobre. Trabajé un tiempo en la construcción, pude ir parando la olla, hasta que empezó a escasear el trabajo y me despidieron. ¡Si habré gastado alpargatas buscando trabajo, buscando cualquier changuita! Ahí anduve un tiempo, entre me caigo y me levanto. Después fui empeorando derecho viejo. Vendimos hasta las sábanas para darles un pedazo de pan a los hijos.

Al fin me vine aquí, a este cantegril, y levanté este rancho. Es un rancho desgraciado, como ven, latas viejas y alguna maderita, un horno en verano y frío como el diablo en invierno, pero es rancho al fin, es techo, ¿comprenden? Peor es la intemperie. Pasar miseria pasamos, a la vista está, sería pura bobera negarlo, pero lo que quiero que vayan viendo es que no soy hombre que le gusta llorar miseria.

La cosa es hasta cuándo vamos a aguantar así. Esta miseria que están viendo, con ser grande, no sufre comparación con la otra, con la de adentro, con la que siente un hombre cuando tiene carga de familia y es trabajador y buscavida, y no encuentra ocupación. Ustedes dirán que dan

ganas de robar. Pues sí, señor, dan ganas de robar, muy cierto. ¡Pero uno no es un ladrón! Uno aguanta la mirada hambrienta de los hijos, que es peor que una puñalada, y no roba. ¿Por qué no roba, me pregunto? Es que uno tiene aguante para todo, hasta para no ser ladrón.

Pero les voy a decir una cosa, eh. Yo siento que se me va terminando el aguante, que cualquier día se me termina, no más. No, no se asusten, yo soy hombre templado en la desgracia, no voy a cometer ningún disparate, no me va a dar por matar a estos angelitos y a mi mujer y eliminarme después, como hacen otros infelices. ¡Eso nunca! La vida es sagrada, y es todo lo que tenemos. Ya les dije que robar tampoco. ¿Entonces? Bueno, ahí está la cosa.

Para algún lado tiene que arrancar uno. Ustedes ven que con la ropita que nos traen los muchachos de Emaús, no salvamos la petisa. Mirenla a la Er-cilia, mírenlo al Raulito, mírenla a la María. Lo que los pobrecitos necesitan es abrigo por dentro, ¿saben? Necesitan carne y leche, necesitan una sopa gorda, cosas que los hagan crecer. Y esto no se los va a dar nadie, y si alguien se los diera, yo no me iba a oponer, no señor; pero conforme tampoco iba a quedar, porque lo justo es que sea el padre el que alimente a la familia, ¿no les parece?

Bueno, no los entretengo más. Lo que les digo es que para algún lado tengo que arrancar. A lo mejor arranco para donde a algunos no les gusta. Por eso más vale que me calle. Adivinen si pueden. Y si en algo los ofendí, disculpen, por favor, porque adrede no fué: a mí me gusta respetar y que me respeten.

CINE-CENSURA

La encefalitis aguda que sufren los integrantes de la llamada "subcomisión especial calificadora" es producto de una "pueblofobia" de unos señores que temen que la superestructura artística cumpla con el fin de educar a las masas populares.

El decreto N° 5797 (léase censura) nos recuerda cuando en el año 1783, con los primeros teatros en la colonia, la Iglesia se opone a éstos acusándolos de herejes, culminando su campaña con el incendio premeditado de la Ranchería (primeros teatros). Actualmente los integrantes de la subcomisión pertenecen al "movimiento familiar cristiano" y al "franquísimo" Ministerio de Educación. Los bibliomanos beatos que aplauden... "Y Dios creó a los hombres" y se horrorizan de "Los de la

mesa Diez" demuestran el estado caduco en el que se halla la pobre y vapuleada "Subcomisión".

Sus integrantes deben ser conocidos y sus nombres son, entre otros, Taurel y Telémaco Susini y su dependencia directa del Poder Ejecutivo es otra de las "gracias" que posee la traumática "calificadora".

La cultura del pueblo no permite esta ofrenda, pues no faltará mucho para que se proscriba a Bergman, Visconti o Resnais. Si esta ley es ejecutada no podremos ver más "Hiroshimas" o "Roccos". Pero Los Taurel y Susini de turno no pasarán. Torres Nilson, Birri, Feldman, Dawi, Murua, Simonetti, tienen en sus manos nuestro cine auténtico. Que lo sigan defendiendo.

EL TIEMPO PATRICIO ALTER

*Es entonces,
humeantes las naves del retorno,
cuando estamos
exactamente
sobre el momento en que hablaremos del tiempo.*

*Digo,
no del tiempo-clima
ni de aquél de las huellas dolorosas:
Nosotros
nunca envejeceremos.
Eso sería,
como decretar la inexistencia de la lluvia de verano
o la risa de las muchachas.*

*No.
Digo,
hoy hablaremos del tiempo inamovible
que nos impide dejar de arrepentirnos.*

*En un museo de fósiles,
mirando el tiempo terminado,
sintiendo tiempo prendido en mi muñeca,
sentí una cosa,
no sé,
pensé vivir gritando
y desnudarlo todo
y sin embargo,
a la mañana
El regresa.
Se anuncia en sucias trompetas de neblina
Ya vencido,
me levanto,
seriamente,
a no hacer nada*

*Entiendan bien,
no puedo llegar tarde.*

DESCONOCIDO MUERTO

CARLOS A. BROCATO

Especial para "Palabra" del libro de próxima aparición "La Sonrisa del Tiempo".

*Ha muerto así, desconocido, solo;
nadie lo canta.
Era un pobre de espíritu,
tanto
que ha muerto en cualquier lado.*

*Yo, que tengo mis muertos en poema,
grandes muertos
con nombres y con signos,
pero con nombres sobre todo
—hombres con nombres,
no sombras sin gemido—,
quiero nombrarlo, ahora,
desconocido muerto,
desconocido.*

*Solo, pobre de espíritu venía.
Traía su rodilla doblada entre los brazos;
era su muerte cada día.
Tuvo trabajo en lo que odiaba.
Soñó su vida hace ya tiempo;
un día la olvidó para olvidarse;
era su olvido.*

Esto no fué por él.

*No tuvo nada, ni decirlo.
Hasta su sombra, abandonada,
lo abandonó tan triste.*

*Todos los días muere así,
en todos lados.*

*Acaso con el dios que lo ha engañado.
Cifra de todo este dolor
y sólo cifra.*

*No pudo ser lo que debía:
tomar la flor y darse cuenta,
abrir el libro y sonreírle,
crear su propia muerte a fuerza de vivirse:
esto —se dice—, un explotado.
Este es el mundo en que vivimos.*

*De muerte numerosa,
negados nombres,
cifras
es este mundo.*

*Cada uno de ellos
pudo crear su propia altura,
inventar su camino,
tener su nombre.*

*No pudo. No por él,
en este mundo en que vivimos.*

*Si no matamos esta muerte pronto,
si no termina,
si no impedimos que ella viva,
¿cómo tener un nombre y sonreírse,
sentir la sombra que nos sigue,
decir la muerte conocida,
tomar la flor,
vivirse?*

En este mundo en que morimos.



Amanecer, de S. C. Castagnino

Al pisar el bar se dió cuenta de que estaba mojado. Se había orinado encima. Echó una mirada inquieta alrededor, buscando un baño donde meterse. Sintió decenas de ojos cargándole el cuerpo. Juntó las piernas lo más que pudo y caminó despacio. Cuando dió con el mozo, le preguntó por el retrete. El otro le contestó que no había. Así que quiso refunfunar como acostumbraba, pero pensó que eso le iba a traer problemas. Entonces eligió callar, mientras de los muslos húmedos se le subía a la cabeza una sensación de incomodidad. Supuso que no debía estar correcto en ese estado y buscó alguna forma común de evadirse, de pasar desapercibido de la pared de ojos en que respiraba. Lo consiguió y entendió que había recuperado la calma. El desesperado no se ocupa de la gente y él ya empezaba a imaginar las formas más a su alcance para hacerse poco visible a los que lo rodeaban. Se ocupaba. Ese calor espantoso que se le había metido en el vientre y sin dominio había llegado hasta los pies, lo trajo de nuevo al mundo. En el subte siguió preocupándose por la gente, pero lo suficiente como para no bostezar, sin llevarse la mano a la boca, aceptando la regla. Pero él sabía que esta manera de preocuparse no era la suya, que la gente no le interesaba como juez, pero sí como víctima; víctima de ese aire pesado y subterráneo cargándole las narices, de esos

apretujones y manotazos involuntarios, de esas sonrisas creadas a fuerza de costumbre. Le interesaban esos movimientos cuidados, ese respirarse uno el aire del otro, ese vivir en el subsuelo y en las calles que se acostaban encima de sus cabezas. Había que preocuparse. Al menos él tenía que hacerlo.

Pero por ahora todo era auto-preocupación. Supuso que a nadie le agradaría tenerlo por vecino, así que se quedó como adherido a la puerta que daba salida a otro coche. Apretujado y con la inmensidad de estatua, parecía un gigante niño.

Hizo el resto del trayecto a pie. Creyó que le echaban ojeadas de soslayo. Una mujercita apenas estructurada le colgó dos ojazos gastados. Todo esto le molestó y le señaló que todavía estaba en calma. Entonces fué que decidió apurar el paso. Al entrar en su calle, el movimiento se hizo apremiante y cambió en carrera. Era lo de siempre: correr hasta dejar atrás el portón de la vieja casona de departamentos y meterse en el corredor húmedo. Pensó que se tenía que topar con la vieja encargada, medio deforme, y que, seguramente, lo iba a parar para decirle que había cometido otra falta y que ella lo había descubierto; a lo mejor dejar abierta alguna puerta o subir la escalera de tres en tres escalones. Y le diría que había que subir como la gente decente, parándose en los descansos, que

EL PACTO

(CUENTO)

RICARDO DESSAU

para eso estaban. Algún día le iba a decir que no respirase tan alto porque iba a despertar a los inquilinos. Pero, en verdad —siguió pensando— a esa mujer gris le molestaba que él fuese joven y se guardase el salud.

Pero todo esto no pasó. Frente al portón negro se arremolinaba un tumulto. Un ramo de figuras confusas, visibles para cualquiera que estuviera desde donde él venía avanzando; visibles para los que venían corriendo, de cuerdas atrás, atraídos por un posible dolor humano. Pero no para él, que ahora, evocaba a su mujer joven, cargando nueve meses en el vientre. Trataba de precisar las imágenes traviesas; el abrazo a larga distancia, el beso largo —más largo el silencio espantoso— los ojos..., ¿por qué los ojos?

El pantalón ya no importaba. De nuevo la angustia. Un grito se le acercó al oído, un sollozo y mucha gente como queriendo esconderlo. Tuvo frío, tuvo miedo; pensó que su mujer..., pero abriéndose paso como pudo, un figurón raído, le pinchó las órbitas cansadas. Ismael. El viejo precoz, el vecino, el trabajador honrado. Venía justo hacia él, con la decencia guardada en una mano encadenada a un policía. Unos miraban sin saber nada. ¿Qué pasaba con el vendedor de feria, querido de todos, de pie desde las cuatro de la mañana,

(Continúa en la página siguiente)

"EL PACTO"

sonriendo, guardando la rabia en el anhelo por amar a su mujer? Otros sabían algo, aunque en verdad entendían poco, querían empujarlo o apedrearlo, se notaba: tenían las manos en los bolsillos y las bocas cerradas. El sin saber ni entender, le dijo algo al que llevaba esposado al vendedor de feria, el otro no le contestó, o si... creo que le dijo "Circule" y lo empujó. El policía que venía atrás lo tomó del brazo y le preguntó: "¿Quién es usted?", él le dijo que era vecino de piso del arrestado. "Venga como testigo", le dió por contestación. Y le apretó más fuerte el brazo como a un prisionero más.

Ya había oscurecido. Cuando puso el pie en el estribo del coche negro sintió el pantalón endurecido; la camiseta pegada al cuerpo. Su inmensidad se dobló y descansó sobre el asiento cómodo. Por el vidrio de adelante vió a Ismael, girando su cabeza y mirando el coche en que lo habían metido. Creyó verle lágrimas, pero al tiempo que el que llevaba la cadena lo empujaba hacia el interior de un carro celular, el sombrero del que manejaba le guardó los ojos. Miró hacia el costado, y entre la gente que se amontonaba y el coche que empezaba a dar vaivenes lentos descubrió un carro de bomberos.

En el trayecto hacia la comisaría conoció la verdad. Los dos policías que se sentaban a su lado trataban de ser elocuentes. Había pasado que terminado su trabajo de horas reventadas, el vendedor de feria había vuelto a su departamento pobre y se encontró con una carta de su mujer; se había marchado. Dejó constancia de que todavía lo quería, pero estaba cansada. Ismael subió a la terraza enorme y prendió fuego a la ropa de treinta departamentos. Hubo un principio de incendio y llamaron a los bomberos. Manuel, el escritor, pensó en su camisa pero en seguida se detuvo en Ismael. Era la furia del hombre. Eran las horas apestadas de la feria, después las horas de las changuitas para dar de comer al hijo que iban a tener cuando ella se curase, las horas de morir que se vivían después en dos cuerpos desnudos, amados. "Ahora, viejo Ismael, ya no tenías donde descargar tu muerte, ya no había mujer que se chupase las horas reventadas, ahora había que descargarlas en otra cosa. Y te quemaste mi camisa, muchas camisas..."

POEMA

JORGE MENDEZ

(Minutos:

miguitas del tiempo

sin importancia

Magnitud ignorada del segundo

escondido en la pifia

y el hoyo anhelado

del juego de las bolitas.)

El sol nuestro,

fuera de nosotros significaba vida:

éramos pequeñitos sin tiempo.

La noche se venía sin advertirlo y de una oreja nos metía en casa.

La luna,

que al fin también es mujer

remendaba las paredes de luz.

(teníamos tiempo de mirarla sin saber que era un satélite sin vida.)

Y ese éxtasis

que significaba numeritos incomprensibles en el

[almanaque

¡y no lo sabíamos!

Las carreras de los barquitos

cuando la lluvia se iba con sus lágrimas

como borrando un lloriqueo,

y nos despegaba la nariz de la neblina...

¡acorazados poderosos

con quilla proa y popa de papel!...

Las nupcias celestes

del Sol y un barrilete...

Luego ya no.

En la cola de un cometa

vimos las trenzas de una piba.

Caderas frescas y ritmicas.

Pequeños senos prepotentes

desafiando

la indiferencia purretil.

Entonces comparábamos.

Había preferencia por las pecas

y los ojitos celestes de asombro.

(Empezábamos a querer dolerles a las baldosas con los tacos.)

Más tarde,

los largos nos molestaron los tobillos,

mientras la redonda

se moría

en el rincón de las valijas,

y las rodillas

se volvían cicatrices.

Sueños... vueltas...

más sueños.

(El viejo se iba haciendo cada vez más ignorante)

Intentamos aprender

el sonido de las torres

y comprendimos por qué

las golondrinas retornaban.

El sol fué haciéndonos vida

dentro del pecho.

Ahora la lluvia

nos llamaba a la calle,

al puerto,

a las plazas desoladas

que habitan el invierno.

Y una vez,

sin saber por qué,

lloramos con agua de nubes,

compartimos estremecidos

la oración de las plantas

y el amor de los gorriones.

(Un reloj tremendo resonaba más allá de nosotros.)

... y de pronto,

tras el rostro inesperado,

(¡qué sabemos nosotros de estas cosas!)

aquello que con letras

se dice "amor"

y que sentimos con miradas.

Aquí,

entre las costillas,

esta ciruela dulce maduraba

a fuerza de esas palabras

que no se conjugan.

Intentamos ser simples.

(una vez contamos trescientas baldosas,

nos metimos en un bostezo...)

A la vuelta de un día

nos sorprendió la vida:

mitad una pregunta

mitad una respuesta,

los números,

la geografía de las manos,

el retumbar de los minutos fabriqueros.

la duda,

cuando algunas cosas

se nos deshicieron en los ojos

y de los zapatos

nos fluía un vapor de nubes...

Entonces sí,

los segundos ironía del tiempo,

los minutos,

las horas

se nos pegan a la piel

como latigazos.

Ahora estaba sentado, en un asiento duro, en un tranvía. El metal de las vías le picaba los ojos: reflejaba la luz de las lámparas de mercurio de la calle.

Lo habían demorado en la comisaría pero él dijo poca cosa, lo ignoraba todo. Lo vió a Ismael un instante mientras lo llevaban a una celda, estaba abatido. Pero tenía el abatimiento de los locos. El tranvía se paró, por una barrera despiadada. Pensaba en su mujer. Se había demorado cinco horas y la novedad podía producirse en cualquier momento. El sueño luchaba con la angustia que volvía. "Diario", gritó una voz ronca "Sexta diario". Volvió el silencio al tranvía casi vacío. El criterio abrió los ojos al guarda, que después de refunfuñar alguna palabra, volvió al sueño. El tranvía arrancó. Manuel se cansaba. En verdad ya estaba cansado. Quiso escapar a la angustia obligándose a buscar cosas en la calle que le llamaran la atención; pero todo estaba desierto, terriblemente uniforme. La angustia se le comía. Se sentía mal, no podía aguantar. Con horror presintió que se iba a orinar de nuevo: era incontrolable. Sabía que se había perdido otro día, esta vez en la comisaría y que otra vez tenía que dejar de escribir. Aunque ahora poseía otro tema: Ismael y la injusticia, la pureza apestada, la felicidad en la basura. Pero era otro tema que se le metía en la cabeza para dormir con los otros hasta que los olvidase o hasta que lo dejasen en paz esos malditos dos empleos. O al menos uno, porque ya no aguantaba más.

Se bajó del tranvía. Fué a aliarse a un árbol. En la calle oscura, como un perro. Después se fué caminando.

Cuando llegó frente al portón negro, se le aparecieron las sombras de la escena de horas antes. Vió al viejo Ismael, ahora tremendamente viejo; avanzaba hacia él; sus ojos aguados, que no decían nada, cuántas cosas, sin embargo representaban. Agitaba la cadena en la mano como pidiendo ayuda a los demás hombres. Atrás, los policías. Manuel era empujado pero no refunfuñaba como de costumbre: estaba cansado. El carro celular se iba seguido por un coche negro con luz roja. La gente comentaba. Un policía decía "circulen" y todos se iban a dormir.

Las sombras se borraron, Manuel se apoyó en la pared. Se preguntó qué haría si al entrar en su departamento pobre encontraba, como Ismael, una carta de su mujer anunciándole su parti-

(Continúa en Pág. 12)

TEATRO

TULIO RAÚL SEVERÍ

¿VANGUARDISMO O SNOBISMO? — EUGENE IONESCO

Rumano, radicado en Francia. Autor antiteatral. Obras:

1950 *La cantante calva*: Antipieza.

1951 *La lección*: Drama cómico.

1952 *Las Sillas*: Farsa trágica.

1953 *Víctimas del deber*: Seudo drama.

1958 *El rinoceronte*: Farsa trágica.

Eugene Ionesco es hoy, dentro del género farsesco y satírico teatral, una figura de innegables valores e indudable predicamento; aunque útil es hacer la salvedad en menor gradación a la que le han otorgado nuestros medios literarios de innata inclinación por lo foráneo.

Las obras de Ionesco, en mayor o menor forma, tipifican a una desorientada generación mediseular, portadora de una sensibilidad de post-guerra, frustrada en sus más cimeros ideales y exornada de atávicos prejuicios, que, obsesos por una amarga realidad, transitan por la vida con su pesada carga de irredenta incompreensión. Ionesco parece observar al mundo que le rodea a través de un cristal caleidoscópico, pues presenta y desvanece escenas con suma habilidad, apresura la acción de tal forma que inhibe al raciocinio de asimilar fehacientemente cada situación; posee un lenguaje descuidado (en apariencia) antiretórico, que sacude al espectador de continuo, con enervantes trivialidades. Esta es una de las características concomitantes con: consecutivos cuadros aritméticos; simbolismos caricaturescos inherentes a un grupo de nuevos autores teatrales: Admos, Audibert, Ghelderode y en un plano diferente, Becket.

El teatro de Ionesco ha sido definido como "teatro de aventura" (Lemarchand). Es decir de ensayo o de prueba; sería apresurado y erróneo emitir una opinión fundamentada, definitiva y luego dar fe de ella, pues objetivamente sus obras carecen de una tónica o idea clave; se entreeve en ellas la intención, el mensaje, que permanece semiculto y emerge incomprensible por entre el cúmulo de sofismas empleados, prestándose a una serie de especulaciones subjetivas particulares; vaya como ejemplo lo siguiente, que nos daría la pauta de los fines perseguidos por Ionesco: "Aportaré contradicción a la no-contradicción y no-contradicción a lo que el sentido común juzga contradictorio".

(Víctimas del deber: Nicolás Déu) esto es su rasgo distintivo, arbitraria mezcolanza de palabras y frases tendientes a explicar lo inexplicable.

Munido de un snobismo burgués, adopta una postura o posición de tergiversable escepticismo, antimístico y por extensión agnóstico.

Sus personajes adolecen de un grave defecto: son insinceros, *pur-le-galerie*, carentes del menor trasunto emocional (La Lección) casi transmudanos de rasgos caricaturescos (La Cantante Calva) o transidos y temerosos (Amadeo). Es decir el leit-motiv de su obra es el Individuo, indefinido e indefinible; maleable, mediocre que avanza en su existencia creyendo encontrarse solo en un páramo, indeformable e indestructible.

La soledad Humana es utilizada por este hábil constructor de imágenes escénicas como un vínculo etéreo e intangible entre los diversos seres que nos presenta.

Introdujo en su Teatro una serie de innovaciones en su mayoría de tipo intelectual. Frases deshilvanadas del resto de la acción que se desarrolla; el antiteatro, donde priva la ilogicidad, elementos simbólicos de la ridiculez en que transcurre la trama (cabezas de rinocerontes, enunciación de objetos inexistentes en la escena, etc.) Es un vanguardista por sus deseos de mutar el común andamiaje teatral, más como tal no llega a penetrar en el trasfondo de la cuestión remitiéndose a pintarla con gruesos rasgos; quizá él no pretenda otra cosa.

Posee una temática literaria muy interesante y sui-generis, es un paradigma del desorden en que se mueve el ser Humano.

Domina ampliamente el ritmo y tiempo teatral; sarcástico y mordaz trasega situaciones en forma vertiginosa impidiendo el decaimiento o aburrimiento de las escena que presenta.

Todos los factores enunciados precedentemente, me hacen dudar acerca de la real caracterización de la obra Ionesquiana.

¿Puede influir en el género, su estilo?

Yo creo que no.

Voy a explicar el porqué.

Hasta el momento Ionesco se nos ha revelado como un buen comediógrafo, con obras donde priva la absurdidad. ¿Mas que representan?, ¿qué sugieren? No implican, nada más que una novedad, hoy son una curiosidad, mañana serán anticuadas.

Lo dicho siempre guiándome por su trabajo realizado, pues como dije, carece de una línea definida. Podemos recibir en el futuro realizaciones sorpresivas fruto del indudable genio que se filtra en sus obras.

Así surgen las comparaciones con otros cultores vanguardistas que revelan una superior capacidad y envidia para transmitir un mensaje, por ejemplo S. Becket (*Esperando a Godot*), de inevitable evolución, posee una desgarrante e incisiva monocordia, lleva al extremo el escarnio del lenguaje, el escarnio a la vida y lo expresa mediante un cruel cinismo.

Además sería imperdonable no mencionar como un valioso precedente en los avances teatrales a J. Genet (*Las Sirvientas*), creador de un genial y fantástico mundo donde predomina "el morbus delictae" inmanente a las producciones de Genet.

Ionesco enfoca al individuo abstrayéndolo del medio ambiente que le rodea, teme enfrentarse con la irreversible verdad que configura el hombre como gregario: No es el sentimiento interior del hombre lo que determina su conducta social, es su conducta social lo que determina sus sentimientos interiores (C. Marx).

El problema deviene de las estructuras sociales, no del individuo que en ellas exterioriza su pensar.

El tiempo nos dirá si Ionesco es capaz de desarrollar su pensamiento, y así convertir a sus obras en hitos de imperecedero recuerdo, sustrayéndolas de lo que ahora representan: morigeradas muestras de vanguardismo prejuicioso y mendaz, con predominio de malabares semánticos brillantes y dinámicos, más nimios y futiles.

LA TRAMPA

(Cuento)

ESTHER HERTZ

A veces temía plantearme ciertas cosas. Tambaleaba en el hilo del pensamiento durante horas, para arribar siempre al mismo caos. Una vez lanzada la máquina, era difícil frenarla, aunque lo intentaba con desesperación. Las ideas sacudían mis nervios desechos y en esos momentos sentía la presencia total de la soledad, atrapándome en sus espirales incoloras.

Temores absurdos me trepaban como bichos gelatinosos. Durante esas crisis se me ocurría invariablemente que estaría por enloquecer, y lloraba sin saber por qué ni por quién. Aunque algo intuías y era una forma de saber por qué y por quién llorabas, Laura. Las paredes me aplastaban y salía para lanzarme a grandes caminatas. Te acordás Laura, la calle Zapiola y el terreno aquel lleno de eucaliptos y las ramas que pisabas por el solo placer de sentir el ruido...

La familia alarmada por mis locuras recurrió a médicos de fama, pero mi curación no dependía de las medicinas, claro que no. Y ya de alguna manera lo sabías... ya de alguna manera lo sabíamos.

Toda esta historia comenzó luego de la ruptura con Graciela. Las carpetas de latín, la vuelta en biciletas, el primer cigarrillo... ¿eh, Laura?

Allí se aplastó mi primer intento de amistad. Tenías algo más de quince años y escribías unos versos que ahora te darían risa... ahora, Laura, pero antes no, antes no.

En el colegio nacional nos habíamos hecho amigas de la señorita Louis. El año de tu ingreso, 19... no, no te astustes, Laura. Las fechas ya me resultaban una extraña trampa donde habían quedado apesados miles de recuerdos de todos los colores... era una trampa con mecanismo endemiado, irreversible. Los años adquieren de pronto una proporción monstruosa y pareciera que el tiempo todo se escapa de las manos, hasta el portafolios marrón que llevabas cargados de libros inútiles. Y aquella desesperación por recordar la ley de Dalton y la intensidad de las corrientes y los viajes de Elcano y "más la piedra dura porque esa ya no siente"... todo quedó en la trampa, todo, todo. Ser amigas de una profesora nos deslumbró. Amigas de la Louis, ¿qué cosa!, qué juegos de luces más extraños, qué manera pueril de sentirnos importantes. Acerca de esto, siempre debimos mentir a nuestros padres. No poder decir que íbamos a nadar a la pileta de la Rambla o a pasear por el Parque Aguirre... Cosas de locos, Laura. Sí, tenés razón, cosas de locos. Aunque ahora sé que no eran cosas de locos ni de cuerdos... eran... cosas.

Mi relación familiar tornóse un gigantesco interrogante. Esa mujer es una loca y su amistad no la entiendo. Claro, Laura, qué iban a entender. Y te voy a romper la cara, siempre haciendo cosas de negro vos, ¿y qué cosas harían los negros?

Por aquel otoño la calumnia gestaba una palabra sucia. En el colegio, un miserable dedo acusador puso su lastre sobre la pureza de aquella época. Las caminatas, los tés en el Astrid... no fumen chicas todavía son muy jovencitas háganlo por mí... y esa loca te enseñó a fumar y así se empieza todo y hasta donde puede llevarte el cigarrillo... y no fumen chicas, les traje un chocolate, el envoltorio plano verde y negro que todos los días Amelia Louis ponía en mis manos, bajo la promesa de honor: no fumar... y que te vieron fumando en la estación y a mí no me vas a engrupir vos mocosa y... Luego el susurro tembloroso de Graciela en el baño del colegio.

—No me preguntés nada, ni me hablés por teléfono... lo tengo prohibido.

—Pero, ¿por qué?

—Cuando nos recibamos te lo voy a decir...

No la vi nunca más. De alguna manera, Graciela ese día, había muerto. ¿Por qué no aclaró las cosas cuando la citaron a las oficinas del jefe de celadores? ¿Por qué de pronto la obediencia ciega, total, sin resistencia le hacía girar la cabeza cuando me veía? No podías comprenderlo... te hacía falta "ese barro chapaleado que es la vida", como decía Amelia medio en broma, medio en serio. En esa época sólo entendía la mitad en broma y me daba risa oírsele decir, después los años sin la limpieza de aquella risa espontánea, me hicieron entender la mitad en serio, que por supuesto era la más desagradable, pero la más cierta. Ahora lo comprendo, mientras trato de robarle a la trampa, a ese artefacto amorfo, deglutidor gigante de días y palabras, mientras trato de robarle algo, algo... aunque más no sea que sílabas y minutos. Lo comprendo y me da tanto asco, tanto quizá como el que me dió aquel día.

Pese a los ya me tenés cansada vos y también esa loca amiga tuya y sólo servía para dar disgustos, y a las cachetadas de mi padre que no me dolían en la cara, seguí siendo amiga de Amelia. Cada vez más. Debiéndole quizá a esta primera rebelión —con visos de heroísmo y lágrimas enormes— la salvación de mi posibilidad intelectual.

Discutí, grité. Cuánta violencia. Laura clavánlose en esa arquilla adolescente. No me entendieron y cuando la cosa se tornó espesa, les mentí a todo trapo sin ningún cargo de conciencia. La mentira llegó a ser en cierto modo tu estado normal. Sí, es cierto. Fué así, se había constituido en mi única arma y la usaba con vehemencia.

Mi carácter se tornó más reservado. Casi siempre andabas triste Laura, eso también te lo reprochaban. Y desconfié en adelante de media humanidad. Pero algo se alzaba dentro de mí con una sed abrazadora de fe, con una vivencia feroz de búsqueda.

Cada vez estás más lejos vos, y todo por esa loca amiga tuya y qué rara que sos. Más de una vez me creí metamorfoseada en monstruo o algo así por las cosas que me decían. No imaginaron jamás hasta qué punto me hacían daño sus palabras.

(Continúa en la página siguiente)

LA TRAMPA

Una de las cosas de mi madre que más me desorbitaba era la incapacidad para guardar un secreto. Mil veces me estrellé contra una confidencia revelada por ella a mi padre. Nunca quedaron las cosas entre ella y yo. Todo esto me resultaba enfermizo y volcaba en la señorita Louis la necesidad de comunicación, mi angustia, la duda. Caminábamos largas cuerdas en las que yo, asaltada por una verborragia enloquecida, pintaba proyectos despatados, segura de no chocar con el reproche viscoso, que me obsesionaba desde el rótulo insondable de los ojos de mis padres. No me gustaba mirarlos a los ojos. ¿Por qué no mirás cuando hablas? Era sumergirme en un mar desconocido y en alguna manera, les temía. Me reprochaban ingratitud y yo les reprochaba esterilidad. No entendía como para ellos, la vida era sólo ese infructuoso dejar pasar los días, y esa habilidad para romper con palabras inconcebibles todo lo que para mí era hermoso.

Ahora la trampa, a la que sólo puedo robarle recuerdos, no todos, me acerca algo más de luz... y todo o casi todo se va transformando, y las cosas viejas parecen menos terribles, aunque lo terrible es que hayan transcurrido cuando no eran viejas, y todo eso quedó en la trampa para siempre, prendido en el hechizo de sus piezas muertas.

Al llegar del colegio, encontraba en casa la antítesis de la camaradería de Amelia. Voces discordantes, gritos y el trágico tren de las palabras repetidas, inscribiendo en mi sensibilidad los rasgos más inesperados. Cosas inteligibles que flotaban del agravio a la calumnia. Y esa pasión tan especial por afearlo todo lo que para mí era importante y bello y cubrirlo a sangre y fuego con intrascendencias espantosas.

Un día escuché ruidos en mi habitación. Corrí, y al abrir la puerta encontré a mamá leyendo mi diario. Me desorbité. Aquella incursión fué uno de los episodios más violentos que soporté entonces.

—¡Déjalo, no lo leas, déjalo...!

—Eso que estás haciendo es una porquería y yo me voy a ir de aquí porque no los aguanto más, ¿sabes?

—¡Me ocultás las cosas y querés tener razón!

—¡Eso es mío, soltalo, soltalo!

Se lo arranqué de las manos llorando de rabia y me encerré en el baño. Releí algunas cosas y rompí el cuaderno en mil pedazos, mientras mi madre golpeaba sin cesar la puerta. No sé cuánto tiempo permanecí allí sin contestarle. Luego hice un paquete con los papeles y me fui. Una soledad infinita, catastrófica, acompañó mis pasos hasta un baldío cercano. Allí tiré los restos de mi diario. El baldío era una de las manos de la trampa. Una mano eficaz, rústica, agazapada. Le entregué mi presa sin resistencia pero con una repugnancia total. Y me sentí robada... la trampa, la trampa. Sus tentáculos son inexorables. Su mecanismo endemoniado, irreversible...

Yo no sé porqué de pronto pensé todas estas cosas, si hace tantos años que pasaron, y se me vinieron a la cabeza juntas, ahora, justo ahora, ni sé por qué algunos me miraron con lágrimas de circunstancia y unas bocas se abrieron convencionalmente. Te acompaño el sentimiento, resignación querida, te acompaño el sentimiento...

EL PACTO

da. Ella tenía tanto derecho como Manuel, como la esposa de Ismael y como tantos otros a estar cansada; mientras subía la escalera se contestó que en ese caso se sentiría mal. Después iría a escupir a sus dos jefes.

Llegó a su piso; era el cuarto. Respiraba con dificultad. Dobló el pasillo y se encontró con la encargada. Tenía los ojos hinchados. Se sorprendió de verla tan tarde pero no alcanzó a decir nada porque la vieja le dijo que se habían llevado a su mujer, que había sido minutos antes, que a estas horas iba a ser... No escuchó más, se fué escaleras abajo, cruzó el portón, golpeándose con fuerza el hombro. No sintió nada. Sólo sentía a su mujer joven y al hijo que se moría por vivir. Se fué hasta la avenida, buscando un taxi. Un cable de luz se desprendió y al tocar un techo, echó chispitas terriblemente luminosas. Después del segundo camión, hubo, al fin, un coche de alquiler. Viajando, Manuel temblaba, pero casi con seguridad que no era el frío. En lo oscuro, de nuevo se le apareció la imagen amada, como antes del

tumulto; el abrazo distanciado, el beso largo, la boca abierta, la sonrisa con las consiguientes cuevititas en la cara y la lengua de él para llenárselas. Las piernas largas que terminaban en caderas altas, el vientre como un huevo, los pechos levantados, los ojos... Los ojos febriles, desgarrados, haciendo hablar a un cuerpo sin que los labios se abriesen. Los ojos que hablaban de la promesa, del pacto de los dos —pobre pacto—, de la esperanza de dos... de un pacto...

En el hospital le sirvieron mate cocido. Se durmió. Creo que cerró los ojos, ocho o diez minutos. Salió una enfermera; se acercó despacio y le dijo que era un parto difícil, que había que esperar. Le ofreció otra taza de mate cocido. Manuel asintió. Quiiso agradecerle, pero no pudo. Gotitas frías le saltaron a la piel. Escuchó quejidos y se tapó las orejas con las manos; las sintió palpitantes.

Los ojos del pacto volvieron a sus ojos. Los ojos y el pacto. Ese pacto de amantes que se prometieron ser amantes pero también hombres, vivirse, pero también vivir. Pero hubo que casarse para no seguir manoseándose en los

zaguanes y hubo que dejar de estudiar por no morirse de hambre y hubo que... Después vino el hijo y vino que había que emplearse en dos lugares porque ella ya no podía trabajar. Y entonces hubo que dejar todo: estudiar, escribir, vivir la esperanza de ser hombres.

El pacto estaba destrozado. Y el hijo era el símbolo. Al primer mes, su mujer joven volvería a hojear los diarios.

La enfermera volvió con el mate cocido. Se lo dejó en el recodo del sillón y entró en la sala de partos. El viento golpeaba cada vez con más fuerza los cristales de las dos ventanas dispuestas en ángulo recto en la espaciosa sala de espera. Manuel pegó la nariz contra el vidrio y cerró los ojos. Cuando volvió a mirar se dio cuenta de que en cuestión de minutos se iba a largar a llover. Sintió murmullos y se dio vuelta: el médico acababa de salir, seguido por la enfermera. Se acercó a Manuel y le dijo que el feto se enroscó en el cordón umbilical y nació muerto.

Abrió la ventana, una ráfaga de aire frío le pegó en la cara. Afuera empezaba a llover.

EL NUEVO CINE Y NUESTRA EPOCA



C. Argibay en "Alias Gardelito"

Dentro del quehacer artístico de nuestro tiempo —ese quehacer complejo que presenta siempre la creación humana en el testimonio de una época de crisis— el cine, arte moderno por excelencia, es, sin duda, una de las manifestaciones de mayor importancia, y al mismo tiempo, una de las más apasionantes. Y en especial, el cine nuevo del que nos nutrimos fervorosamente en nuestros días. Es que el lenguaje singular, fascinante, del arte de la imagen, no solamente se ha impuesto a todos los públicos, en los cuales cada día aumenta más el interés ante la inclusión de nuevos grupos y países a la producción cinematográfica mundial —en lo referente al acercamiento de diferentes culturas— y por sobre todo, en las profundas innovaciones y perspectivas que entraña, sino que se presenta, también, como un privilegiado instrumento para adentrarse en una visión más acabada del mundo en que vivimos, esa verdadera obsesión que ha demostrado en el enfoque de sus trastornos, de sus valoraciones, de sus anhelos, de sus encrucijadas, de su renovación; todo, permanentemente ligado a los problemas tanto exteriores como abismales del hombre y la sociedad actual. O como Edgar Morin escribe: "El cine nos presenta el proceso de penetración del hombre en el mundo y el proceso de penetración del mundo en el hombre". Penetración y transformación, diríamos nosotros; afirmaciones a las cuales nos adherimos y confiamos sigan siendo los objetivos precisos para el futuro del arte cinematográfico.

Es en este sentido trascendente, vital, este auténtico enfrentamiento con la realidad contemporánea y las nuevas relaciones que en distintos planos de ella se desprende, que nos interesa exponer un somero panorama de la cinematografía de los momentos actuales, señalando algunas de las principales obras y autores que en distintos grupos y movimientos, o en tentativas individuales, se nuclean alrededor de lo que se da en llamar: el "nuevo cine".

Nuevo cine éste, entre cuyas características se puede anotar que sus notables búsquedas y hallazgos formales —que por otra parte, no responden a un mero formalismo gratuito sino a una nueva concepción de una realidad más compleja en su multiplicidad de caracteres— no están separados en ningún momento de nuestros acontecimientos, ya sociales o psicológicos, políticos o morales, proyectándose en un campo suficientemente vasto en que las diferentes técnicas de su lenguaje han a



"La Balada del Soldado"

bierto numerosas posibilidades de un nuevo tipo de comunicación y participación del público en la obra, ya por medio de las diversas técnicas de "distanciamiento" utilizadas sobre las teorías de Brecht o las de la "profundidad de campo", como la desarticulación del espacio —tiempos narrativos, y texto y música en relación con la imagen; todo ello, contribuyendo a una elaboración más rica y completa de la realidad en la obra cinematográfica, y una mayor maduración y una toma de conciencia más efectiva del espectador.

Casi no es necesario mencionar la oposición violenta que este nuevo cine —arte-expresión— tiene respecto a ese otro cine tradicional, al que habitualmente nos tienen sometidos, en uno de los tantos matices indignos de nuestro engranaje socio-económico. Ese cine —espectáculo, narcótico, superficial, evasivo, pueril y conformista, cuando no rayano en la estupidez, basado en su máxima aspiración, en la vil explotación comercial y el consciente propósito del embrutecimiento colectivo, con fines aún más deleznable. Como por otro lado, no se puede ignorar las diferentes trabas y dificultades —todo tipo de restricciones, abierta censura, imposibilidades económicas— a que se ven sujetas estas nuevas creaciones artísticas.

Es justamente desde la última post-guerra, cuando surge una extensa gama de creadores que han llevado al cine —en su devenir hasta nuestros días, a esa radical transformación que nos ocupa. La experiencia del neorealismo italiano, con los aportes que derivaron de este singular y directo testimonio de la realidad, puede considerarse como punto de partida, ante la toma de posición de un desgarrador momento histórico. Dentro del cine italiano, tras la decadencia de los neorealistas, han surgido notables realizadores entre quienes se cuentan tres de los más importantes de nuestro tiempo. Desde el realismo crítico, que en admirable análisis social, de hombres y medios, en sus ubicaciones y destinos —dentro del género uno de los mejores films del presente—, nos evidenciara Luchino Visconti, en esa gran tragedia moderna: "Rocco y sus hermanos"; pasando por la subyugante exploración introspectiva, refinada y precisa, que de nuestros sentimientos fluctuantes, inseguros, de soledad e incomunicación, realizara M. Antonioni, sobre todo en "La aventura"; hasta concluir en ese inmenso delirio dantesco, con sus monstruos, con sus desfiles de vidas estériles, falsas, perdidas y condenadas para siempre, con su tiempo escatológico, que con su habitual poesía irracional, la infinita piedad de Federico Fellini ha desplegado en la "Dolce Vita"; aunque, al final, se aferra con sentido mesiánico, a la redención más que a la renovación.

El cine francés, tras el agotamiento de sus otrora iluminarias, aparece en su confusa y publicitaria "nouvelle vague", con algunos pródigos creadores. El intelectualizado y artesano nihilismo de Claude Chabrol y Jean Luc-Godard, la maravillosa recreación de un oprimido mundo infantil y el ambiente que lo rodea, que Francois Truffaut nos brindara en sus "Cuatrocientos golpes" y sobre todo, quizá la obra maestra del cine moderno, en el tan comentado e inolvidable poema que es "Hiroshima mon amour". Esa sutil dialéctica que aparece contraponiendo lúcidamente la guerra y la paz, el amor y la muerte, la memoria y el olvido, el sufrimiento individual y el colectivo, el individuo y la comunidad, con su tiempo psicológico fluyendo de la conciencia de la protagonista, que han construido el lirismo apasionado de Margarita Duras y la revolucionaria visión cinematográfica de Alain Resnais.

La salida convincente que el cine inglés parece encontrar luego de su decadencia, nos es expuesta principalmente a través del grupo "Free Cinema". La profunda descomposición social y el sensible inconformismo que testimonia la literatura "iracunda", de la cual Tony Richardson y Lindsay Anderson han filmado "Pasión Prohibida" de Osborne y "Almas en Subasta" de John Wain, ha culminado en la original y brillante creación, que sobre la vida —sin perspectivas inmediatas, con sus anhelos y frustraciones y su cohibida rebelión— de un proletario inglés y que engloba la crítica de todo un medio, ha realizado Karel Reisz en "Todo comienza el sábado".

La guerra y sus desgarradoras consecuencias, con su secuela de caos e inestabilidad, los conflic-

tos sociales e individuales acarreados por esta situación y los problemas referentes a la posterior transformación integral de toda su estructura, ha sido la temática vital en que se ha desenvuelto la vigorosa producción polaca actual y que se constituye, en grupo, en una de las más importantes de nuestro panorama. Presentamos en films de rara calidad y los nombres de Wajda, Kawalerowicz, Munk —recientemente fallecido— Ford, y otros, aunque las últimas muestras parecen indicar un posible debilitamiento.

"El 41", "La casa en que vivo", "Pasaron las grullas" "El destino de un hombre", y últimamente esa maravillosa "Balada del soldado", con los nombres de Kalátzov y Chujrá, nos ofrecen, claramente, la ansiada renovación del cine soviético, en obras de calidad madura, caracterizadas, ante todo, por el impacto elocuente de una inmensa vibración humana, que en diversos símbolos manifiesta la posibilidad —una vez superada las trabas que se lo impiden— la realización total de la vida o el hombre en sus mayores aspiraciones.

El cine norteamericano, consumido totalmente en el monstruoso engranaje de un Hollywood de mitos falsos, gigantescas empresas y listas macartistas —triturando cuanto talento y rebeldía logra salir a luz— con sus películas en serie, fútiles, conformistas y de gran poder adormecedor de conciencias, ha renacido vigorosamente, en una producción independiente que concentra sus objetivos en la auténtica y patética realidad norteamericana. Exteriorizándose en films como "Sombras", de Casavetes, "Vuelve Africa" de Rogosin, y en los de Sidney Meyers, de quien conocimos su noble y sincero "Pequeño Fugitivo". En virtud de su ineludible importancia, destacaremos especialmente, el cambio por demás auspicioso del cine argentino. También en nuestro país se ha dado una radical renovación que poco a poco irá abatiendo —a pesar de los muchos procedimientos con que sencillamente se lo persigue— toda una oscura tradición de total inautenticidad y mediocridad lacerante en que se ha movido —pese a excepciones— el cine argentino. Una vuelta vital sobre lo real y auténticamente nuestro, a nuestras llagas, a nuestros candentes problemas, a la penetración aguda de nuestro ambiente, es lo que trasluce las obras de cortometrajistas como Birri (Tire dié), Kohon (Buenos Aires) y otros films como "Los de la mesa 10" "El crak", de Feldman y Martínez Suárez, y ahora, "Shunko" —quizá la película más pura y noble de todo nuestro cine— y "Alias Gardelito", de esa gran empresa que es Laruro Murúa.

Mucho más podríamos decir de estas nuevas y notables experiencias cinematográficas. Experiencias que son nada más que el testimonio imprescindible ante exigencias vitales, agudas manifestaciones de toda una sociedad en violenta crisis, en su búsqueda universal de nuevas estructuras a la que deberá corresponder, lógicamente, nuevas ideologías. Bien lo aclara Lucien Mercier cuando dice: "Lo que caracteriza el momento actual de nuestra civilización y se refleja en el cine, es el pasaje dramático no sólo de una generación, sino de toda una sociedad, a la edad adulta. A la "edad del hombre" más bien que a "la edad de la razón".

En esta búsqueda lúcida del nuevo cine, en sus redescubrimientos y posibilidades, no sólo está estrañada la época del caos, la angustia o la desesperación. La sonrisa radiante de pureza de la niña de la imagen final de la "Dolce Vita", la marcha vigorosa de los jóvenes manifestantes de "Hiroshima..." la rebeldía aun confusa y reprimida del inolvidable obrero de "Todo comienza el sábado" y la figura última de Luca —el menor de los hermanos Rocco que también lo es de Ciro, nos reafirman y nosotros estamos seguro de ello, que también es ésta la época de la esperanza.

MIGUEL ANGEL D'ANGELO

BIBLIOGRAFICAS

COLOR DE BARRIO

15 poemas de Carlos González

Editorial Nueva Expresión - Bs. As. - 1961

La aparición de un nuevo libro de poemas es un fenómeno harto común en Buenos Aires. Lo cual, dadas las condiciones en que se desarrolla nuestro movimiento literario, no deja de constituir un problema, aunque pueda parecer lo contrario.

Decimos, para agregar uno más a los ya sobrados méritos del que nos ocupa, que no es el caso de los referidos.

Porque es un libro de Poesía, así, con mayúscula. Un poeta que ha logrado anonimarse, estamos de acuerdo con su prologuista, en un esfuerzo hacia la identificación hombre-artista. Y construir su voz desde esta garganta, su voz robusta e ineludible. Creemos que los tres momentos claves de este libro son: "Magia Pobre",

*Esos puntos de apoyo hacia lo imposible
donde se alimenta ese costado puro
que en nosotros permanece y vive
y emerge a veces del fondo de los años.*

Temática y rítmicamente en asociación con "Retorno a la Fábula".

*Y aunque dormido, tu corazón lleno de mástiles
[inmóviles
alienta lo imprevisto bajo la blanca quietud de las
[espumas.*

"Desde el Hombre", unidad poética pletórica de hallazgos expresivos:

*Desde el hombre en que estoy conduzo el sueño
lo convierto en realidad lúcida y viva
le pongo un pantalón, una corbata
y ya hombre se debate con nosotros por la calle.*

Como hombres, sin embargo, humana y eternamente rebeldes a la inexorabilidad de lo natural, cuestionaremos la breve edad cósmica de "Canto solar" y "VERTIGO" que atentan contra la unidad del libro y que se nos ocurren no acordes con la condición de trabajador-poeta de González.

¿Dejaremos acaso de marcar la abrumadoramente poética expresividad de "Color de Barrio"?

*Trotando de costado cruza un perro la tarde de
[arco a arco;
Desde su tren de manicero humea el corazón del
[barrio.*

Es de notar cierta impersonalidad notoriamente inelaborada (Salutación a China); el toque gratuitamente sensiblero de "CALLE Y TANGOS" y ciertas imágenes, si bien sumamente poéticas, sólo autojustificadas.

No obstante, estos detalles no destruyen la sólida estructura de Color de Barrio, que Nueva Expresión nos trae en un estuche algo sorprendente.

Saludamos a Carlos González, al reencontrarlo en el tránsito de esta nuestra dura senda de la poesía vital y necesaria.

Patricio Aller

REALISMO Y REALIDAD EN LA NARRATIVA ARGENTINA

Editorial Procyon - Bs. As. - 1961. De J. C. Portantiero

Resulta bastante extraño opinar sobre un libro propio. Supongo que lo que aspiré a decir sobre el tema está repetido en sus páginas. En caso que no sea así, toda explicación a posteriori estaría, lamentablemente, de más.

Sin embargo, pienso que la oportunidad puede ser aprovechada para puntualizar algunas cosas relacionadas con ese librito, cuya suerte ha sido bastante contradictoria. ¿Qué intenté hacer con él? En primer lugar, discutir, lo más a fondo que mis fuerzas dieran, una concepción acerca de las relaciones entre el intelectual y la sociedad, la del *compromiso*, de raíz sartreana, que ha inficionado la actividad de las *élites* literarias argentinas con más vigor que ninguna otra, en los últimos tiempos. En segundo lugar, defender las posiciones del realismo literario a partir de puntos de vista más modernos que los que han solido manejarse en nuestro medio. En todo caso, el mérito de esta actitud no me corresponde, sino en la medida en que resumí textos cotidianos en el debate que sobre el tema se efectúa en Italia, país en el que me atrevo a decir se halla el núcleo marxista más eficiente de toda Europa.

Estos dos aspectos generales debieron completarse, en la redacción del trabajo, con una valoración, aunque fuera esquemática de la literatura de "izquierda" tradicional en la Argentina. Inútil es agregar que, en este país de suspicacias, dicha parte del texto fue la que mayores objeciones levantó. Algunas de ellas descendieron al más ridículo brulote, como la nota que con el seudónimo de José Ariel López publicó Leónidas Barletta en una edición de su (y nunca mejor que aquí el posesivo) periódico "Principios".

Jamás se me hubiera ocurrido mencionar —y menos aún discutir— esa cobarde y minúscula nota. Lo hago ahora, porque pienso que dicha efusión temperamental se evade de los marcos de un capricho para internarse en zonas más amplias: las peligrosas zonas de la mitología literaria. El texto de Barletta obviamente no tiene nada que ver con la crítica literaria, ni siquiera con el mal humor. Es un texto vinculado con la dogmática, por el que se niega todo derecho a la discrepancia o al libre examen. Introduce, en una operación tan racional como debe ser el enjuiciamiento literario, a la mitología, es decir, a Dios. Dios (en este caso Barletta y quienes él considera sus amigos) no pueden ser discutidos, sino aceptados en toda su opulencia revelada. Y como cuadra a un punto de partida mitológico, la presencia de Dios exige la contrafiguración del diablo. Así, la mitología engendra la inquisición.

No aspiro para mi librito una suerte excepcional, que no merece. Aspiro sí, a que se lo discuta racionalmente, a que se lo rebata en el propio terreno de argumentaciones con que él (bien o mal) se quiso expresar.

La actitud virtualmente anónima de Barletta se cruza con otra. Un escritor (a quien él menciona entre sus preferidos) dirige (o dirigía hasta hace muy poco) la página literaria de un diario de la capital. El escritor de marras disiente con lo que se expresa en el ajetreado "Realismo y realidad..." Vanos fueron todos los intentos para que esas discrepancias fueran anotadas en una crónica bibliográfica, mínimo recurso de publicidad alrededor del libro, que aún no he descartado de mis deseos. El escritor —titular de una hoja bibliográfica, como queda dicho— manifestó a varios colegas "que no pensaba publicar ni una línea sobre libro". ¿Por qué? No se sabe, aunque se supone.

Tradicionalmente (y con evidente razón) la "izquierda" literaria ha denunciado los "complots de silencio" con que la "derecha" —léase "La Nación", "Sur" o "La Prensa"— ha ignorado la producción literaria que no satisfacía sus deseos. Hete aquí que un escritor de esa "izquierda" más o menos vagarosa, repite el procedimiento.

Pienso que un libro se defiende solo o se hunde solo. No me preocupan, entonces, demasiado estas cosas. Mejor dicho: no me preocupan en cuanto al destino individual de mi libro, pero sí me inquietan en cuanto a síntoma de una temperatura espiritual padecida por personas que tendrían que mantener una conducta diferente a la de los escritores de la Argentina Oficial.

Sus reclamos, al cabo, contra esa imagen del país, son meramente retóricos. Yo he tratado de librarme de ese vicio, que ellos revelan poseer en medida exacerbada. Tal vez por eso, por decir lo que pienso, por no haber querido aceptar complicidades, el libro no gustó, no conformó, produjo inquietud. La culpa no es mía: es de la mitología y de la inquisición.

Juan Carlos Portantiero

Todas las novedades.

LITERATURA

POLITICA

HISTORIA

LIBRERIA "DEL MAR DULCE"

Córdoba 1354

T. E. 44-0267 Buenos Aires.

Esta Revista

llama a todos los

poetas y escritores

jóvenes, así como

críticos y articulistas

para unirse a

nosotros y colaborar

en el complicado

proceso de creación

de una nueva

cultura nacional.

Escribir a:

VENEZUELA 2965

Dep. "A"

J O R G E M E N D E Z

RADIO SUR

Service de Transistores

Independencia 2427

Buenos Aires